Globethics Repository



Exclusión, masculinidad y respeto [Exclusion, masculinity and respect]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Zubillaga, Verónica;Briceño León, Roberto
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-04 10:30:21
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219061

Exclusión, masculinidad y respeto

Algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios

Verónica Zubillaga / Roberto Briceño-León

El cruce del aumento de la exclusión en Venezuela y la consolidación de una sociedad global mediatizada y de consumo, crean nuevas tensiones difíciles de resolver para hombres jóvenes de origen precario. La gestación de un modelo de masculinidad que tiene como centro el respeto es una respuesta que se instaura entre dichos jóvenes frente a estas inéditas tensiones. Este modelo reúne los valores asociados a la hombría de una sociedad tradicional, los valores asociados al individuo de la modernidad y los valores de una sociedad de consumo mediatizada, que otorgan gran importancia a la imagen. Esta masculinidad compartida por los hombres jóvenes y actualizada en los barrios precarios de Caracas, donde la protección es una cuestión personal, y donde el acceso a las armas es muy fácil, desata enfrentamientos armados que producen cadenas de muertes por cobrar y saldar. A partir de estos elementos, este artículo se propone comprender la violencia entre jóvenes hombres en barrios de Caracas.

Miles de jóvenes y adolescentes matan o mueren todos los años. Comprender la violencia entre ellos nos parece fundamental, esos jóvenes son uno de los actores fundamentales de la violencia en los barrios popula-

Verónica Zubillaga: socióloga venezolana; investigadora del Laboratorio de Ciencias Sociales - Lacso, Caracas; candidata a Doctorado en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica; @: <vzubilla@reacciun.ve>.

Roberto Briceño-León: profesor titular de la Universidad Central de Venezuela; director del Laboratorio de Ciencias Sociales - Lacso, Caracas; miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología, y secretario mundial del International Forum for Social Sciences and Health; @: <rbriceno@reacciun.ve>.

Nota: La investigación en curso y sobre la cual se funda el presente artículo recibió apoyo financiero de Fundayacucho, Cooperation Universitaire au Developpement, Programme Actions-Nord 2000, Bruselas; y Comité National d'Acccueil, Bruselas.

Palabras clave: violencia urbana, juventud, barriadas populares, género, Venezuela.

res, las principales víctimas y victimarios en las interminables cadenas de muertes, pues una muerte infligida llama a ser cobrada con otra muerte.

> El segundo fue un tipo que yo ni conocía ... que me pidió 1.000 bolívares y como yo le dije que no porque no era amigo mío, se molestó y empezó a meterse conmigo ... que yo era un coño de madre, que mi mamá era una puta y cosas así ... y en una de esas me sacó un revólver y me amenazó con matarme ... y como yo soy «un picao», no me lo calé y también le saqué la pistola y nos fuimos a los tiros y pim, pum, pam ... [1]

En este artículo propondremos una reflexión aún provisional sobre la violencia de estos jóvenes. Nuestra preocupación original se centra en la cualidad extrema de esta violencia, es decir, el riesgo siempre presente de dar o recibir muerte. La acción de estos jóvenes será comprendida en el marco del aumento de la exclusión en Venezuela y de acuerdo con dinámicas culturales de nuestra época; nos parece importante tomar en cuenta que los jóvenes nacen en una coyuntura de crisis, y la vivencia de su adolescencia se ve profundamente marcada por la contradicción entre el recrudecimiento de esa crisis y la consolidación de una sociedad mediatizada por el consumo (Bajoit/Franssen). En este escenario, intentamos comprender lo que nos parecen modos emergentes de elaborar identidades de género en exclusión[2]; específicamente, en el caso de estos adolescentes, constituirse en *hombre de respeto* en el barrio.

El aumento de la exclusión en Venezuela

Situamos la acción de estos jóvenes en un proceso de empobrecimiento que ha significado un aumento notable de la exclusión y de la desesperanza de una población que al filo del tiempo se ha hecho mayoritaria. Así tenemos hoy que 19 millones de venezolanos son pobres (lo que equivale a 80% de la población); de éstos, la mayoría no tiene garantizada servicios públicos esenciales como salud y padece de la precarización cada vez más pronunciada de la educación y del empleo. En lo que concierne a los jóvenes, su situación se registra en estadísticas como las siguientes: solo 34% de los individuos entre 13 y 17 años está incluido en el sistema de educación formal (secundaria); y hay otra cifra aún más preocupante: 20% de los jóvenes entre 15 y 18 años no estudia ni trabaja (UCAB; Weibel).

En términos subjetivos, la exclusión se vive como una expulsión, como la injusticia de estar en un lugar de vías cerradas. En la total exclusión, el joven sabe que no tendrá acceso a profesiones u oficios reconocidos y valorizados (sean consensuales o críticos de su realidad) y menos aún bien remunerados. Así, esta situación se refleja en la *falta de apego* a las instituciones

1. El autor de esta expresión es un adolescente de 17 años, interno en un centro de tratamiento y diagnóstico de «menores transgresores» perteneciente al Instituto Nacional de Asistencia al Menor (INAM). Hay muchos otros testimonios como este en las entrevistas realizadas por estudiantes en el marco del seminario sobre violencia y jóvenes (1998 y 1999) dictado en la Universidad Central de Venezuela por Roberto Briceño-León.
2. En este tema particular tenemos la reflexión innovadora, a principios de los años 90, de Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez.

accesibles, por cuanto su precariedad es tan explícita que se intuye la falsedad de la promesa, el simulacro de participación. Se «sabe» el destino forjado por la penuria de las instituciones y recursos accesibles: más fragilidad y privación, que en nada se relaciona con el esfuerzo personal.

Por otro lado, esta situación tiene que ser considerada en el marco de una nueva exclusión, la de la sociedad global. Así, en un escenario de economía y comunicación globales, donde los medios de comunicación tienen una plaza cada vez más importante y donde se difunden con mayor fuerza los modelos culturales y de consumo de las economías dominantes, la contradicción entre exclusión social y expectativas de participación en el consumo se acentúa notablemente. En lo que concierne a los adolescentes, pensar su situación de exclusión resulta particularmente problemático, pues si bien se incluyen en grupos usualmente llamados *excluidos* –y en la actualidad lo siguen siendo desde el punto de vista económico y social–, al contrario hoy se encuentran culturalmente incluidos a través de los medios de comunicación, la música, el deporte y en general las estrellas mediáticas (Collison; Dubet 1987). Ahora los jóvenes sin salir de su barrio dirigen la mirada hacia un mundo que se muestra global, hacia figuras que como Michael Jordan están en todos lados –en una cancha, un barrio de Nueva York, París o Caracas.

Reconocer que una dinámica que se designa exclusión, desempleo, deserción escolar, se vive personalmente como angustia, desesperanza, nihilismo, facilita la comprensión de la acción violenta. Los elementos están reunidos para la gestación de valores, intuiciones, saberes y modos alternativos de acción que comprenden a la vez una orientación estratégica (o sentido del juego) y una orientación subjetiva de desapego y pérdida de adhesión al orden establecido. Sobre todo entre los jóvenes hombres aparece una resistencia desestructurada que tiende a traducirse en la autodestrucción y en la agresión a la comunidad que les rodea[3].

En este contexto, un elemento significativo que subraya esta manera de vivir la tensión y ayuda a comprender las estrategias, racionalidad y emoción de los jóvenes actores de la violencia es la noción de *género*: la socialización siendo «hombre en exclusión».

3. Estas formas alternativas de resistencia de hombres jóvenes en situación de exclusión han sido estudiadas desde diversas perspectivas y en diferentes horizontes. Dubet (1987) se refiere de la «experiencia reventada» de jóvenes hombres de barrios desfavorecidos, quienes viven la desorganización, la exclusión y la rabia de su situación a través de lógicas de acción marcadas por una sociabilidad de retraimiento, conductas delincuentes y una violencia sin objeto. Bourgois (1995), en su estudio etnográfico sobre *dealers* puertorriqueños de Harlem, habla de la cultura de la resistencia de estos jóvenes hombres que se sustenta en el rechazo del racismo y la opresión y se traduce en la destrucción de sí mismos y de sus comunidades. Y en Venezuela, Pedrazzini/Sánchez (1992b) señalan la cultura de la urgencia como el conjunto de valores, códigos y prácticas cotidianas de una población para invertir los obstáculos a su sobrevivencia. Es una cultura «rebelde pero no revolucionaria» en la que los hombres jóvenes son los más radicales.

Identidades masculinas

La noción de género constituye una herramienta conceptual para comprender el proceso de construcción y representación, en situaciones sociales particulares, de los atributos y comportamientos típicamente hombrunos, femeninos o alternativos. Las nuevas teorías sobre género, alejándose de las posturas tradicionales de las teorías feministas que establecen rígidas polaridades entre lo masculino y lo femenino, destacan que el género no comprende la simple dicotomía masculino-femenino, sino que se cruza con la red de elementos vinculados a las estructuras de la división social del trabajo, poder, clase, etnia que organizan las relaciones sociales y, en este sentido, de género (Connell; Kaufman). Así, aunque la masculinidad es personal, diversos modelos de masculinidad se encuentran disponibles, estimulados o permitidos, dependiendo de aquellos ejes y en virtud de modelos hegemónicos y alternativos.

Dentro de estas teorías, la noción de *masculinidad hegemónica* propuesta por Connell, resulta particularmente pertinente para comprender la acción de estos adolescentes. Según Connell, en la sociedad existe un ordenamiento de modelos vinculados a la masculinidad y la feminidad. El modelo de masculinidad hegemónica es el modelo ideal, apreciado en un escenario histórico particular. Ese modelo tiene ascendencia sobre los otros, aunque no es el único: es el que se impone y convive con otros modelos subordinados que constituyen, a su vez, modelos de masculinidad alternativa.

Esta teoría permite comprender que los diferentes grupos masculinos recrean y re-trabajan su concepción de masculinidad en función de su condición –producto del cruce de las estructuras de poder, clase, etnia– y de los modelos de masculinidad vigentes, es decir los hegemónicos y alternativos en ese momento histórico particular.

En Venezuela, al igual que en otros países, el modelo de masculinidad hegemónica se refiere todavía al modelo tradicional de proveedor económico, que detenta el control y obtiene aprecio social a través del respeto. Este esquema convive con modelos de femineidad que no constituyen el modelo tradicional y complementario de mujer asociado a la pasividad y a lo doméstico; más bien las mujeres son muchas veces las jefes en el hogar[4].

El modelo masculino subraya a los hombres blancos de «buena familia» o con posiciones mejor provistas, con profesiones donde son necesarios, por ejemplo, el cálculo económico, la ambición y la exhibición de elementos correspondientes a su estatus: el vehículo de lujo, los instrumentos tecnológicos (p. ej., teléfonos celulares y computadoras portátiles). En el pasado, una lógica de integración al sistema de poder y privilegios fue la participación en partidos

4. De hecho, en Venezuela diferentes estudios antropológicos (aunque en diferentes líneas) hablan de la «matrilinealidad» y de la «matricentralidad» en lo que concierne al modelo de familia. Cf. Hurtado; Moreno 1995.

políticos y la repartición clientelar de beneficios. En cualquier caso, la posesión de control y privilegios de este sector de hombres sobre los otros –dicho de otra manera, la dominación– se actualiza en escenarios de la modernidad urbana, como bancos u oficinas, y se despliega a través de acciones y destrezas asociadas a la racionalidad, eficacia y competitividad empresarial. Los crímenes vinculados a este sector son crímenes de corrupción y especulaciones en el área financiera; en Venezuela, la magnitud de estos actos llega a niveles considerablemente altos.

Pero no todos los hombres tienen tanta suerte[5], menos aún los más morenos que nacieron en un barrio y a partir de los años 80. La adhesión a esa masculinidad implica entonces su reelaboración a través de los recursos a la mano. La construcción de la identidad no se realiza en función de saberes o vocaciones adquiridos en instituciones, sino saberes adquiridos en la calle (Pedrazzini/Sánchez 1992a; Messerschmidt). En este escenario, la violencia y el crimen se constituyen en un recurso para trascender la desventaja (Messerschmidt) y para convertirse en *hombre de respeto*[6] –que, según nuestro criterio, es precisamente la actualización del modelo ideal masculino (identificado con el control y la dominación como principio de relación social) en función de los límites y recursos disponibles y debe comprenderse también como la rebelión masculina (desestructurada) de aceptar la humillación de la exclusión[7].

Es aquí donde esta concepción de género cruzada con estructuras de clase, raza y poder, se constituye en un elemento importante de explicación, puesto que al destacar que amplios grupos de hombres se apegan a la posesión de control y privilegios como modo fundamental de relación con los otros (es decir, a esta masculinidad hegemónica), apunta a reconocer que la diferencia básica en las acciones de unos y otros viene dada por un reparto desigual de privilegios, la ubicación en escenarios diferentes y el énfasis particular en algunas estrategias y atributos. En tal sentido, esta concepción ayuda a develar el hecho de que en situaciones como la exclusión donde la identidad

5. Hablamos irónicamente de suerte para referir «el estatus de desigualdad natural o social que depende del nacimiento en una familia y no en otra, en una región del mundo y no en otra, distinto de aquello que depende de las diferentes capacidades ... de la diferencia del esfuerzo empleado para conseguirlo ... » (N. Bobbio: *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, cit. en Calderón).

6. En efecto, el respeto constituye una preocupación fundamental de esta identidad y es el término que con recurrencia aflora en el discurso de estos jóvenes. Un significativo aporte a este tema es la investigación cualitativa de Castillo entre «menores transgresores» recluidos en el INAM. Precisamente señala que la noción de respeto emerge continuamente en las expresiones de los jóvenes.

7. La cuestión del respeto es también la categoría fundamental que emerge en investigaciones etnográficas sobre hombres de origen latino en otras latitudes. Bourgois (1995) en su estudio sobre vendedores de *crack* de origen puertorriqueño en Harlem, explica cómo, incapaces de encontrar empleo e impedidos de alcanzar el soporte material para legitimar la dominación tradicional que ejercen sobre sus mujeres y sus hijos (la base de la identidad masculina que se manifiesta en el respeto concedido por éstos al hombre), se refugian en economías subterráneas y reconstruyen su masculinidad y el respeto correspondiente a través de la agresión a los suyos.

está amenazada y la masculinidad en peligro, la acentuación de ciertos atributos de la masculinidad es lo que permite invertir esta amenaza (Messerschmidt). Ser hombre deviene en el mayor motivo de orgullo, y temas vinculados a la hombría tradicional como el respeto y el honor se convierten en umbrales de la apreciada identidad. Tales condiciones (y otras que mencionaremos a continuación) generan la necesidad –y la posibilidad– de recrear este modelo de masculinidad hegemónica, que se materializa en el barrio como *hombre de respeto*, modelo al cual se apegan los adolescentes. De este modelo destaquemos:

El hombre de respeto es un *modelo de identidad que se trasmite entre hombres*. Es decir, el proceso de socialización de estos adolescentes se realiza en la calle bajo la influencia de otros hombres mayores (generalmente diferentes al padre) que trasmiten al joven formas de ver el mundo así como las destrezas y habilidades, muchas de ellas violentas, necesarias para la vida de la calle (Pedrazzini/Sánchez 1992a). Sin embargo, hay que dejar claro que la mayoría de los jóvenes entrevistados en los diferentes centros oficiales de atención, aunque socialicen en la calle no son jóvenes sin afecto o sin familia. Algunas de sus familias están compuestas por padre y madre, y la mayoría constituye un grupo que otros autores han descrito como «matrilineal o matricéntrica» que tiene a la mujer sin pareja fija y con hijos como centro (v. nota 4). Así, mientras las mujeres solas y muchas veces sin ningún apoyo trabajan, los hijos solos socializan en la calle y son reclutados por otros hombres.

Además el hombre de respeto es un *modelo alternativo* y de oposición que consiste en la reelaboración –y rebelión desestructurada– de una identidad social destinada a la inexistencia. Así, la *inferioridad* y humillación por la pobreza, que conocen a través de sus familiares (que fueron pobres, lo son, y se resignan a serlo), es revertida en la *superioridad* del hombre que dramatiza su facultad de decidir sobre la vida y muerte de los otros y monopoliza el derecho a exhibir los signos de identidad prestigiosa (Katz)[8].

La inferioridad obligada por un destino de pobreza es rechazada a través de la renuncia a participar en los canales e instituciones de una sociedad que de todas maneras los excluye, y se revierte en la concentrada elaboración de una identidad conocida en las esquinas del barrio. Y hay que decir que esta superioridad resulta muy clara para los vecinos. Una señora que vive en un barrio, en una ocasión nos decía de estos jóvenes: «Se creen los reyes, los poderosos ... Uno entre que les tiene miedo y respeto a la vez». Otra mujer explicaba: «Son como egocéntricos, o sea se jactan de que ellos son los que mejor visten, los que mejor tienen, hablan duro, uno los ve que se visten en el aspecto de ellos que dicen de marcas ... ». Y en efecto, los vecinos se debaten entre las paradójicas alianzas con sus muchachos por la defensa que ofrecen

8. Este «revertir» se trasluce en las palabras de este joven: «vivo en un rancho, somos burda de pobres y no me da pena». Otro joven comentaba que no quería ser como su papá, un «frito» que trabaja para comer; él prefería ser como los malandros que tenían pinta.

frente a otros jóvenes de barrios vecinos, la tolerancia obligada por un respeto amedrentado y, cuando el joven sobrepasa ciertos límites, la explosión de la ira grupal es materializada en el linchamiento (v. Cisneros/Zubillaga)

Así, este personaje es sobre todo un *modelo de exclusión* puesto que marginado de todo (las instituciones de la modernidad), el hombre joven pierde la ética del ciudadano común –que valora el trabajo, la paz y el bienestar económico y social en la vida cotidiana– y recupera la ética del guerrero; ética cuyos valores estructuradores se adhieren íntimamente a la persona física y consisten fundamentalmente en ganar, entre la vida y la muerte, la fama y el respeto entre sus conocidos (Taylor). En este sentido, la violencia de la acción de estos jóvenes tiene que ser comprendida dentro de un proceso de mutación de la representación de sí y de los canales de participación social que contrasta fuertemente con los de generaciones anteriores (Bajoit/Franssen). Si las generaciones anteriores se conformaban con las mejorías reales obtenidas, con esperanzas de participación a través de partidos políticos, y se concebían como pobres, estos jóvenes perciben su futuro con nihilismo y no se resignan a la sumisión tradicional[9]: ellos se colocan por arriba de todos y quieren tener una imagen «in».

El respeto: la construcción moderna del honor o el cruce de lo tradicional, lo moderno y lo posmoderno

La necesidad de respeto, preocupación fundamental de esta identidad, se puede entender como una inflación de la necesidad de reconocimiento, obtenido siempre ante los ojos de los demás. Deriva de tres elementos culturales relacionados (García Canclini 1989): los valores asociados a la hombría de una sociedad tradicional; los valores al individuo de la modernidad (el respeto a la persona, a sus derechos, en tanto que ente digno de tal y no ente perteneciente a un clan o grupo sanguíneo); y los valores de una sociedad de consumo mediatizada, que otorgan mucha importancia a la imagen. En esta sección, discutiremos brevemente sobre la noción de honor y luego nos referiremos al respeto.

El honor. Un análisis de la búsqueda de respeto señala ciertos paralelismos con lo que representaba el honor en las sociedades mediterráneas tradicionales. En efecto, el honor como valor ideal que orienta la acción, es sobre todo un clamor de dignidad, la estimación del valor de la persona ante sí misma y frente a los ojos de los demás (Pitt-Rivers). El honor es un sentimiento que se expresa en un modo de comportamiento, en conductas honorables que dependen sobre todo del reconocimiento de los otros, de la interpretación de una audiencia; en este sentido está íntimamente ligado a la persona física y a la mirada de los otros. Este principio se aleja del mundo impersonal y anónimo

9. Esto lo hemos referido anteriormente como «la revolución de las expectativas insatisfechas» (v. Briceño-León 1999).

de la ley y de la gran urbe y se despliega en medios donde predominan relaciones *cara-a-cara* de cierta densidad e intensidad (Peristiany)[10].

En términos personales lo fundamental de tener una reputación asociada al honor es que garantiza cierto tratamiento en retorno: «Es una suerte de capital que asegura crédito», coloca al hombre en una posición donde no puede ser retado o juzgado (Pitt-Rivers). Y en este sentido, el ideal masculino del honor es el hombre honorable que se expresa en la hombría del hombre de coraje. Pero para ser hombre de coraje hay que demostrarlo (de esto nos ocuparemos más adelante) y no se puede tener miedo a la muerte.

Ciertas condiciones de la vida del barrio permiten pensar la centralidad del valor del honor entre sus jóvenes (que ellos llaman respeto, término que preferimos utilizar). La densidad del barrio se estructura en redes de relaciones de proximidad, donde prevalecen las relaciones cara-a-cara. Por otro lado, en el barrio hay una relación ambigua con la legalidad: si bien muchas veces constituye un «espacio ocupado» por personas que construyen sus normas de intercambio de acuerdo a sí mismas (informalmente, como se suele decir) lejos de transacciones legales y de planificación oficial legal, al mismo tiempo el barrio es receptor de políticas y servicios sociales (Bolívar). Por otra parte, un elemento fundamental: en ausencia de policías o de protección pública, en el barrio la defensa personal y familiar se convierte en una cuestión vital, sobre todo es asunto de hombres de coraje.

La presencia de estas condiciones (la densidad que propicia la intensidad de los relacionamientos, su vínculo con la legalidad, la ausencia de seguridad pública) y la importancia que le otorgan los jóvenes al respeto, permiten suponer, como señalamos, que éste se origina en el rescate del honor, valor tradicional y sobre todo arraigado entre los hombres.

El respeto. Hay un aspecto que nos permite tomar distancia de la noción de honor y utilizar la de respeto (además de ser la palabra usada por los propios jóvenes): aunque ambas nociones comparten una dimensión fundamental –el respeto y el honor denotan un reclamo de valor que se supone adherido a la persona–, el sujeto del respeto está liberado de lazos consanguíneos. No es la estirpe lo que se defiende sino el reconocimiento del sujeto autónomo (Vidal); antes que familiar o grupal, la reputación que se construye, se reivindica o se defiende es personal. Así, aunque se reivindica una identidad por adscripción –la hombría– plena de visos de tradicionalidad, es al mismo tiempo mo-

10. Estos dos elementos, el honor como constante preocupación de individuos en «sociedades de pequeña escala» donde las relaciones cara-a-cara son de vital importancia, y el honor como ajeno a la ley, en conflicto con la legalidad (pues las transacciones se realizan directamente entre personas y no entre terceros impersonales), es lo que permite a antropólogos estudiosos del honor establecer semejanzas entre la aristocracia y la «street corner society». La aristocracia porque clama su derecho al honor por precedencia, por una tradición que los hace árbitros en lugar de arbitrados; la «street corner society» porque es la ley en sí misma, no porque está encima, sino al margen de la ley (Pitt-Rivers).

derna, resultado del valor de la propia persona frente a los ojos de los otros, una individualidad libre de nexos sanguíneos o de pertenencias de clase.

En este sentido, la noción de respeto es un híbrido (García Canclini 1989), traduce la indeterminación de una época donde se cruzan valores tradicionales con otros hipermodernos. En una investigación etnográfica realizada en una favela de Recife, acerca de la noción de respeto en tanto categoría social y política, Vidal destaca que una de las particularidades de aquélla es precisamente su «ambivalencia», en cuanto activa simultáneamente el sentido de igualdad y libertad del sujeto de la teoría democrática (o del discurso moderno de los derechos humanos) y el sentido de típica deferencia de las relaciones de subordinación en sociedades integradas según principios jerárquicos.

La concepción de lo social implícita en la reivindicación subjetiva de respeto se compone, por un lado, del discurso actual y mediatizado sobre el respeto a la persona, a los derechos humanos y, por el otro, está imbuida de las típicas representaciones de subordinación entre dominante y dominado: señor y siervo, hombre y mujer, fuerte y débil[11]. La otra vertiente de esta «inflación de la necesidad de reconocimiento», es el culto a la imagen de una sociedad mediatizada y de consumo (que muchos se aplican en llamar posmoderna o de modernidad avanzada). Este valor cultural actualiza la demanda de respeto de estos jóvenes hombres, intensifica su demanda y la vuelve hipermoderna.

Personaje seducido por los valores de la sociedad mediatizada y de consumo, el joven *hombre de respeto* presta atención fundamental a su «look»: zapatos de goma y *jeans* de marca indican una identidad proveniente del «culto a la imagen» expresado en la exhibición de marcas que se constituyen en signos-prueba (Baudrillard) de prestigio; santo y seña de actualidad. Su modelo se fija a la imagen ultraglobal «in-out» de grupos americanos étnicos originalmente discriminados, como raperos y jugadores de basket, y posteriormente mediatizados e integrados a los medios y el consumo. No es entonces azaroso que la dinámica de la violencia tenga su sede en Caracas, donde la presencia de los medios masivos hace difícil evadir el llamado al consumo de esta nueva sociedad global y mediatizada.

Así, a la necesidad de fama del guerrero, se fusiona el culto a la apariencia del consumidor mediático globalizado. La palabra «fama», que utilizan los propios adolescentes y sus espectadores (los vecinos del barrio) recoge en efecto el sentido de una época marcada por valores mediáticos. Fama tienen los deportistas, las «estrellas» de los medios y los malos del barrio. Es la palabra que connota el valor que se otorga a la espectacularidad de la acción, a su dimensión dramática, inseparable de una audiencia; es quizás la mutación de la «reputación» del hombre de honor.

11. Esto, hay que decirlo, es una concepción repartida no solo en este sector sino también en gran parte de la elite nacional.

La letalidad de esta violencia y la predictibilidad de las muertes

Dos elementos vinculados a las condiciones del barrio, un elemento vinculado a la subjetividad de este modelo –el respeto– y por último, un elemento asociado a economías paralelas que se expanden, nos parecen fundamentales para comprender la letalidad de la violencia en el barrio.

Un aspecto primordial para comprender la violencia entre jóvenes es la falta de protección en el barrio. Ello se verifica, por un lado, en la ausencia oficial de seguridad, y por el otro, en las violaciones, abusos y crímenes de la policía. Para nadie es un secreto que, en los barrios de Caracas, la policía en lugar de proteger y defender a la población, la agrede y es un agente fundamental en el tráfico de armas (Camuñas; Hernández; Pedrazzini/Sánchez 1992a).

Un Estado que se declara cada vez más incompetente[12], introduce arbitrariamente a la policía en los barrios cuando quiere demostrar que es un Estado que controla; pero se sabe que siempre es peor: se desata irremediablemente el juego de «policías y ladrones», aunque los puntos se cobran con vidas reales. A fin de cuentas son dos bandos simétricamente armados jugando a ser el más fuerte, ya que el policía comparte con el joven la idea del respeto y el orgullo de la masculinidad. Así, cuando se manda a la policía al barrio no se instaura orden o ley, se desencadena más bien una lucha abierta entre hombres para imponer su fuerza, solo que el agente tiene un sello y un arma oficiales al servicio de su masculinidad y poderío (Campbell).

El otro elemento vinculado a la realidad del barrio, relacionado además con la falta de seguridad oficial y las actividades criminales de la policía, es el fácil acceso a las armas. Esto es fundamental en el exceso de muertes, pues si la pelea entre hombres es antigua, la presencia novel del arma marca la letalidad de los encuentros. La falta de protección y el uso generalizado de armas produce un régimen de todos contra todos, y obliga a que los hombres jóvenes se conviertan en defensores de sus familias y apliquen justicia por cuenta propia. En una investigación realizada en Caracas entre 203 jóvenes internos en centros de tratamiento y diagnóstico del INAM, 25% señalaba el uso de armas para protegerse y 22,2% por venganza (Gabaldón).

Pero la cadena de muertes se relaciona también con la dinámica del respeto de la que se hablaba anteriormente. Uno de los valores fundamentales del hombre de respeto es el reconocimiento a través de la mirada de los otros, lo que produce un entorno competitivo y espectacular. Ser un «hombre de respeto» lleva a la permanente competencia antagónica, demostrando que no se

12. Declaraciones que comienzan a multiplicarse ilustran el desatino de los gobernantes venezolanos. En agosto de 1999, frente a eventos de linchamiento que sucedieron en el estado Lara, el gobernador declaraba en un diario: «Sería el colmo que yo utilice los pocos agentes policiales para defender el hampa. No señor: el hampa que corra sus propios riesgos porque son seres incorregibles» (en *El Nacional*, 17/8/99).

deja someter e imponiendo sometimiento. Uno de los jóvenes entrevistados por los estudiantes explicaba (v. nota 1): «Yo someto a los gafos pa' que aprendan a se' hombrecitos ... Conmigo nadie se mete porque yo soy un tipo serio y aquí me respetan ... ». Otro joven contaba que «uno tiene que pelear para que lo respeten ... ».

Junto con las armas, uno de los hitos que marca la diferencia entre las peleas de antaño y las de ahora es la cualidad suma cero del conflicto; es decir que si antes vencer al otro bastaba con su humillación pública, ahora el conflicto implica la opción absoluta entre «su piel o la mía»; no hay posturas intermedias. Cada participante entonces, *anticipa* la letalidad del intercambio y se adelanta. Uno de los indicios que revela la institucionalidad de esta dinámica, es el hecho de ser aprehendida y fijada en el lenguaje cotidiano: *culebra* es como corrientemente se le dice a esta red de afrentas y afrentas-deudas por pagar entre los jóvenes y los vecinos del barrio. Encontramos además esta noción en el estudio realizado por Castillo entre «jóvenes transgresores» (v. tb. Gabaldón). La autora destaca el carácter moral y obligante que genera la *culebra*, que es definida como «una situación social en la cual, en primer lugar, alguien (el agresor) deshonra a otro en algún aspecto que atenta contra su propia dignidad. En segundo lugar, el otro (el agredido), supone que debe dar respuesta a su deshonra, limpiando el honor: haciendo lo mismo o algo peor como eliminarlo físicamente» (p. 99).

La *culebra* se genera entonces a partir del mandato de reciprocidad del intercambio, y es el tejido de interacciones que *succiona* –sin misericordia– a los hombres. Esta lógica de la succión tiene que ver con la visión antagónica que tienen los hombres entre sí –un joven decía en una de las entrevistas «Mi primo es un tipo de los grandes, de los que se respetan en mi barrio, él sabe como es todo en la vida ... siempre anda armao, tú sabes cómo es, los contrarios siempre están rondando...»– y se manifiesta a través de formas de entrada u absorción de los jóvenes que previamente carecían de conflictos, por ejemplo, cuando se es agredido «gratuitamente», cuando se es «confundido» (riesgo permanente del hombre joven) o cuando se defiende un amigo (Castillo, p. 97). La *culebra*, constituye la sociabilidad necesaria y es la «performance» donde se despliega esta masculinidad, pues solo se es hombre demostrando un exceso de presencia en situación. No es entonces azaroso que las canchas de basket y las fiestas, los lugares donde generalmente se producen los enfrentamientos, sean espacios definidos por su carácter público y por la presencia de una audiencia (en la investigación de Gabaldón señalada más arriba, las fiestas –74%– son las situaciones y lugares más frecuentes de porte de armas).

Entonces, si la identidad y su imagen es uno de los bienes más preciosos que el joven tiene, es comprensible la exageración del gesto y de los signos de identidad. El personaje es sobre todo rito y expresividad; existir tiene que ver con la visibilidad y el previsible efecto a causar (Ehrenberg): la contención de unos, la sumisión de otros y la fascinación de ellas. Así, por ejemplo,

los zapatos de marca son el signo-prueba por excelencia de que se es hombre de verdad, exhibirlos implica coraje y disposición a luchar. No es el zapato en sí lo que importa, sino el signo cargado de prestigio que permite la clasificación y el reconocimiento del portador, que lleva el desafío, la provocación y la demostración de lo que se es (Baudrillard). En el barrio entonces, la *culebra* se convierte en una institución previsible, sigue las leyes de reciprocidad de cualquier intercambio: afrenta realizada - afrenta por cobrar; afrenta pagada - nueva afrenta a cobrar, y las cadenas de obligaciones se multiplican y las famas de unos se incrementan a medida que las de otros se entierran.

El otro elemento relacionado con la multiplicación de las muertes en el barrio es la expansión de las actividades del negocio de la droga. Esta economía, junto con la de organizaciones vinculadas al crimen organizado, por ejemplo el robo de vehículos, se muestra como una de las escasas fuentes alternativas capaces de absorber y de generar beneficios a los hombres jóvenes en exclusión. En este sentido, frente a una sociedad percibida con desesperanza como impermeable, la *permeabilidad* de las organizaciones vinculadas al crimen constituye una vía de difícil evasión (Katz). La permeabilidad de las redes asociadas al crimen tiene que ver con la cercanía de su dinámica, la apertura para el ingreso o la invitación permanente a participar que realizan otros conocidos cercanos del barrio. No es cuestión única de hombres: en la investigación realizada por Scotto y Castillo en un barrio de Caracas, las autoras testimonian precisamente la participación de familias enteras en la economía paralela de la droga. En efecto, la mayoría de los jóvenes entrevistados entran en actividades vinculadas al tráfico de drogas (o al robo en general) a través de conocidos como el padrastro, un primo, un vecino, etc.

Esta economía paralela es un elemento fundamental de la dinámica de muertes en el barrio. Si bien promete beneficios a corto plazo y la posibilidad de ascender, de «hacer carrera» debido a su organización jerárquica[13], la rivalidad y competitividad internas, por su carácter ilegal y vinculado a las armas también ofrece la posibilidad de una muerte rápida (Adorno). En términos personales, la participación en esta economía, permitirá ejercer y demostrar atributos masculinos, tomar parte en la dinámica del consumo y de la exhibición, pero aumentará las probabilidades de conflictos y las razones para «ajustar cuentas» o «matar culebras».

Conclusiones

En síntesis, en medio de la exclusión y la total indefensión que se vive, como en un «sálvese quien pueda», en la injusticia de estar en un sitio de vías

13. El argumento que señala el paralelismo entre economías oficiales y clandestinas no es nuevo. Varios estudios etnográficos ponen en evidencia que las habilidades y destrezas utilizadas en economías vinculadas a las drogas (o al crimen en general) son similares a las apreciadas en el empresario con iniciativa: capacidad de planificar y toma de riesgos, sentido del desafío, deseo de producir riqueza, búsqueda de estatus social reconocido (Bourgois 1995; Katz; Wacquant 1994).

cerradas como contexto, estas nuevas identidades recuperan valores ultratradicionales como la hombría de nuestras sociedades latinas; se incorporan valores hipermodernos como el consumo de la naciente sociedad global. Los jóvenes hombres renuncian a desplazarse y a utilizar los medios de una sociedad que los excluye (aunque no sus valores); se comprometen en la defensa personal de sus familias; se insertan en las nuevas economías globales, como la del narcotráfico, únicas capaces de absorberlos; y finalmente se concentran en la construcción de una identidad conocida, y posiblemente efímera, en las esquinas de su barrio.

Evidentemente este cuadro está incompleto y quedan fuera varios elementos. Por otra parte muchos jóvenes del barrio no participan en esta dinámica de la violencia y construyen identidades alternativas. Pero es importante destacar que en la violencia de estos adolescentes podemos leer angustias personales marcadas por las particulares realidades de nuestro país, cruzadas con tendencias de nuestro tiempo. La adhesión a esta masculinidad representa una de las pocas opciones de identidad reconocida en medio de la violenta restricción de identidades posibles. Responde también a la necesidad existencial de tener modelos ideales y portadores de sentido; dicho de otra manera «buenas razones para vivir y sentirse digno de aprecio», aunque extrañamente, esta manera de valorar la vida pueda implicar la muerte.

Bibliografía

Adorno, S.: «Violência et Civilização» en *A sociologia para o século XXI*, Editora da Universidad Catolica de Pelotas, Pelotas, 1999, pp. 77-106.

Arango, L.G. et al.: *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Uniandes, Bogotá, 1995.

Bajoit, G.: *Pour une sociologie relationnelle*, PUF, París, 1992.

Bajoit, G. y A. Franssen: *Les jeunes dans la compétition culturelle*, PUF, París, 1995.

Bajoit, G.: «Qu'est-ce que le sujet?» en *Contributions à une sociologie du sujet*, L'Harmattan, París, 1997.

Baudrillard, J.: *Pour une critique de l'économie politique du signe*, Gallimard, París, 1972.

Becker, H.: *Outsiders. Studies in the Sociology of Deviance*, The Free Press of Glencoe, Collier-Macmillan, Londres, 1963.

Bolívar, T.: «Urbanizadores, constructores y ciudadanos» en *Revista Mexicana de Sociología* año LVII Nº 1, 1-3/1995, pp. 71-87.

Bourgois, P.: «Homeless in el Barrio. La vie d'un dealer portoricain in Harlem» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* Nº 93, 1992, pp. 59-68.

Bourgois, P.: *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, Cambridge University Press, Nueva York, 1995.

Bourgois, P.: «In Search of Masculinity» en *The British Journal of Criminology* vol. 36 Nº 3, 1996, special issue.

Briceño-León, R. et al.: «Comparando la violencia y la confianza en la policía en América Latina» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* vol. 3 Nº 2-3, Caracas, 1997.

Briceño-León, R.: «Buscando explicaciones a la violencia» en *Espacio Abierto* vol. 6 Nº 1, Caracas, 1-4/1997.

Briceño-León, R.: «Violencia y desesperanza» en *Nueva Sociedad* Nº 164, Caracas, 11-12/1999.

Calderón, F.: *Sociedad y globalización*, Cuadernos de Futuro 1, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, La Paz, Bolivia, 1999.

Campbell, B.: *Goliath. Britain's Dangerous Places*, Methuen, Londres, 1993.
Camuñas, M.: «Vida en los barrios: la sobrevivencia de los más débiles» en *Historias de identidad urbana*, Trópikos, Faces-UCV, Caracas, 1995.
Castillo, A.: *Menores transgresores: en búsqueda de adaptación social*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1997.
Cisneros, A. y V. Zubillaga: «La violencia desde la perspectiva de la víctima: la construcción social del miedo» en *Espacio Abierto* vol. 6 Nº 1, Caracas, 1997.
Chauí, M.: «Etica y violencia» en *Nueva Sociedad* Nº 163, Caracas, 1999.
Connell, R.W.: *Gender and Power*, Polity Press, Gran Bretaña, 1987.
Collison, M.: «In Search of the High Life: Drugs, Crime, Masculinities and Consumption» en *The British Journal of Criminology* vol. 36 Nº 3, 1996, p. 429, special issue.
Dubet, F.: «Pour une définition des modes d'adaptation sociale des jeunes à travers la notion de projet» en *Revue Française de Sociologie* XIV, 1973, pp. 221-241.
Dubet, F.: *La Galère: jeunes en survie*, Points Actuels, París, 1987.
Dubet, F.: *Sociologie de l'expérience*, Seuil, París, 1994.
Ehrenberg, A.: *Le Culte de la Performance*, Calmann-Lévy, París, 1991, 323 pp.
España, L.: «La explosión de la violencia en Venezuela» en *SIC* Nº 554, 5/1993, pp.160-162.
Esterle-Hedibel, Maryse: *La Bande, le risque et l'accident*, L'Harmattan, París, 1997.
Fassin, D.: «Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amerique Latine» en *Revue Français de Sociologie*, 1-3/1996, pp. 37-76.
Gabaldón, L.G.: «Experiencias y actitudes de jóvenes transgresores venezolanos frente a las armas de fuego» en *Fermentum* año 9 Nº 26, Mérida (Ven.), 9-12/1999, pp. 305-324.
García Canclini, N.: «¿Modernismo sin modernización?» en *Revista Mexicana de Sociología* año LI Nº 3, 7-9/1989, pp. 163-189.
García Canclini, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, 2ª ed., Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
Giddens, Anthony: *La constitution de la société*, Presses Universitaires de France, París, 1987.
González Casanova, P.: «Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma» en *Pueblo, época y desarrollo: La sociología en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
Hernández, T.: «La cultura de la violencia en Venezuela» en *La violencia en Venezuela*, Monte Avila / Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1994, pp. 77-126.
Hurtado, Samuel: «La matrilinealidad en Venezuela», UCV, Caracas, 1991, tesis doctoral.
Jefferson, T.: «Introduction» en *The British Journal of Criminology* vol. 36 Nº 3, 1996, pp. 337-347, special issue.
Kaufman, M.: «Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres» en *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Ediciones Uniandes, Universidad Nacional, Bogotá, 1995.
Katz, J.: *Seductions of Crime*, Basic Books, EEUU, 1988.
Mateo, C. y C. González: *Bandas juveniles. Violencia y moda*, folletos de la Coordinación de Extensión de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV, Caracas, 1998.
Messerschmidt, J.: *Masculinities and Crime*, Rowman and Littlefield Publishers, EEUU, 1993.
Moreno, A.: *El aro y la trama*, CIP, Caracas, 1995.
Moreno, A.: *La familia popular venezolana*, Cursos de Formación Sociopolítica Nº 15, Fundación Centro Gumilla y Centro de Investigaciones Populares, Caracas, 1997.
Peristiany, J.G.: *Honour and Shame. The Values of the Mediterranean Society*, 1965.
Pedrazzini, Y. y M. Sánchez: *Malandros, bandas y niños de la calle. Cultura de la urgencia en la metrópoli latinoamericana*, Vadell Hermanos Editores, Valencia-Caracas, 1992a.
Pedrazzini, Y. y M. Sánchez: «Le malheur de naître pauvre en milieu urbain» en *Sociétés en Eclats*, Ateliers du Développement, Syros-Alternatives, 1992b.
Pitt-Rivers, Julian: «Honour and Social Status» en *Honour and Shame. The Values of the Mediterranean Society*, 1965.
Remy, J. y L. Voye: *Ville, ordre et violence*, Espace et liberté, P.U.F., París, 1981.
Roux, de G.: «Subdesarrollo, urbanización y violencia» en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, 2-3/1997.
Schnee, T. y D. Godfard: *Sociétés en Eclats. Quant les exclus contribuent au changement: récits de chercheurs*, Ateliers du Développement, Syros-Alternatives, 1992.

Scotto, C. y A. Castillo: «La violencia cotidiana en Venezuela. El caso de un barrio» en *La violencia en Venezuela*, Monte Avila / UCAB, Caracas, 1994, pp. 21-75.
Taylor, Ch.: *The Sources of the Self*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.
UCAB: *Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Venezuela vista a través de sus indicadores socio-demográficos*, Unicef / Ministerio de la Familia, Caracas, 1994.
Vidal, D.: «Le respect: catégorie du social, catégorie du politique dans une favela de Recife» en *Cultures et Conflits* Nº 35, L'Harmattan, París, otoño de 1999, pp. 95-124.
Wacquant, L.J.D.: «The Zone» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* Nº 93, 1992a, pp. 39-59.
Wacquant, L.J.D.: «Introduction» en *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*, Seuil, París, 1992b.
Wacquant, L.J.D.: «Le gang comme prédateur collectif» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 1994, pp. 88-100, 101-102.
Weibel, M.: «Juventud latina atada a la pobreza» en *El Universal*, 4-7, 10/96, Caracas.
Whyte, W.F.: *Street Corner Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1943.
Wieworka, M.: «Le nouveau paradigme de la violence» en *Cultures et Conflits* Nº 29/30, L'Harmattan, París, 1997.
Wieworka, M.: *Violence en France*, Seuil, París, 1999.

CUADERNOS AMERICANOS

Noviembre-Diciembre 2000 México Nº 84

NUESTRO TIEMPO Y EL PASADO: **Leopoldo Zea**, Repensar el futuro de América. **Magnus Mörner**, Identidades cambiantes. **Henri Favre**, México año 2000. **Hanns-Albert Steger**, Las perspectivas políticas de la República Berlinesa. NUESTRA AMERICA: **Afrãnio Mendes Catani y João Ferreira de Oliveira**, Las políticas de diversificación y di-ferenciación superior en el Brasil: alteraciones en el Sistema y en las Universidades Públicas. **Adalberto Santana**, Dinámica de la integración de Cuba: economía y política. **Javier Pinedo**, Las razones del "ayer" sostienen el "siempre": la oposición conservadora a las reformas neoliberales de Pinochet. DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*: **José Luis Martínez**, Humboldt y su primera exploración en Tenerife. **Eduardo Medina Rubio**, Pehr Löfling, un botánico que viajó por Cumaná y la Guayana (1754-1756). **Salvador Méndez Reyes**, José María Fagoaga y el dictamen de la comisión de esclavos. **Julia Elena Míguez**, La población negra en la República Oriental del Uruguay. CRONICA DE LA ENTREGA DE LA MEDALLA BELISARIO DOMINGUEZ A LEOPOLDO ZEA. CRONICA DEL HOMENAJE DEL CEN DEL PRI Y DE LA FUNDACION COLOSIO A LEOPOLDO ZEA. CONMEMORANDO EL 90 ANIVERSARIO DE LA RE-VOLUCION. DECLARACION DE AUNA MEXICO. RESEÑAS: **Edgar Montiel**, *El humanismo americano: filosofía de una comunidad de naciones*, por Pepi Patrón. **Patricia Galeana**, coord., *Latinoamérica en la conciencia europea y Europa en la conciencia latino-americana*, por Patricia Galeana. **Susana B.C. Devalle**, comp., *Poder y cultura de la violencia*, por Yadira Vázquez. **Luis Villoro**, *Estado plural, pluralidad de culturas*, por Mario Magallón Anaya. **Adalberto Santana**, *Honduras-México: una relación horizontal*, Tegucigalpa, Subirana, por Mario R. Argueta. **Carlos A. Johnson**, *Fujimori, la descentralización y la nueva mentalidad peruana en el 2000*, por Sergio de Ávila Ruiz.

Cuadernos Americanos. *Revista dedicada a la discusión de temas de y sobre América Latina. Suscripción por un año (seis números): US$125. Redacción y Administración: 2º piso, Torre I de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510, México, DF. Telf.: (525) 622-1902; Fax: 616-2515. Giros: Apartado Postal 965 México 1, DF.*